

no existe objeto alguno, como pertenezca á los cristianos, que no tenga algo de diabólico.

—No hay nada, —dijeron ambos al par.

—Pues precisamente en ello, —contesté valiéndome de Selam, —estriba lo maravilloso de tales sombreros sobrenaturales, que hacen lo que hacen sin necesidad de mecanismo.

Selam se echó á reir: ellos sospecharon la burla, y entonces me ingenié, como Dios me dió á entender, para explicarles el oculto mecanismo; mas se me figura que no comprendieron gran cosa. Al marcharse preguntaron si los cristianos introducían en el sombrero aquellos resortes «para divertirse.»

—Y tú, —preguntéle á Selam, —¿qué opinas de este chisme?

—Opino, —contestó con aire despreciativo, señalando con el dedo el sombrero, —que si llegara á vivir en vuestro país, acaso, paulatinamente, iría adoptando las prendas de vuestro traje: el calzado, la corbata, y hasta los feísimos colores que tanto parecen gustaros; mas lo que es aquello, esa horrible cosa negra, nunca, aun cuando viviera cien años: y Dios me es testigo de que antes prefiriera la muerte.

Lo que sigue constituye mi diario de Fez, que comprende el tiempo transcurrido desde la recepción de la embajada por el Emperador, hasta la salida para Mequinez.

*
* *

20 de Mayo.

...En este día el conserje del palacio nos ha confiado secretamente la llave de la azotea, recomendándonos eficazmente que procediéramos con prudencia y no abusáramos de



Una azotea en Fez

no existe objeto alguno, como pertenezca á los cristianos, que no tenga algo de diabólico.

— No hay nada, — dijeron ambos al par.

— Pues precisamente en ello, — contesté valiéndome de Selam, — estriba lo maravilloso de tales sombreros sobrenaturales, que hacen lo que hacen sin necesidad de mecanismo.

Selam se echó á reír: ellos sospecharon la burla, y entonces me ingenié, como Dios me dió á entender, para explicarles el oculto mecanismo; mas se me figura que no comprendieron gran cosa. Al marcharse preguntaron si los cristianos introducían en el sombrero aquellos resortes «para divertirse.»

— Y tú, — preguntéle á Selam, — ¿qué opinas de este chisme?

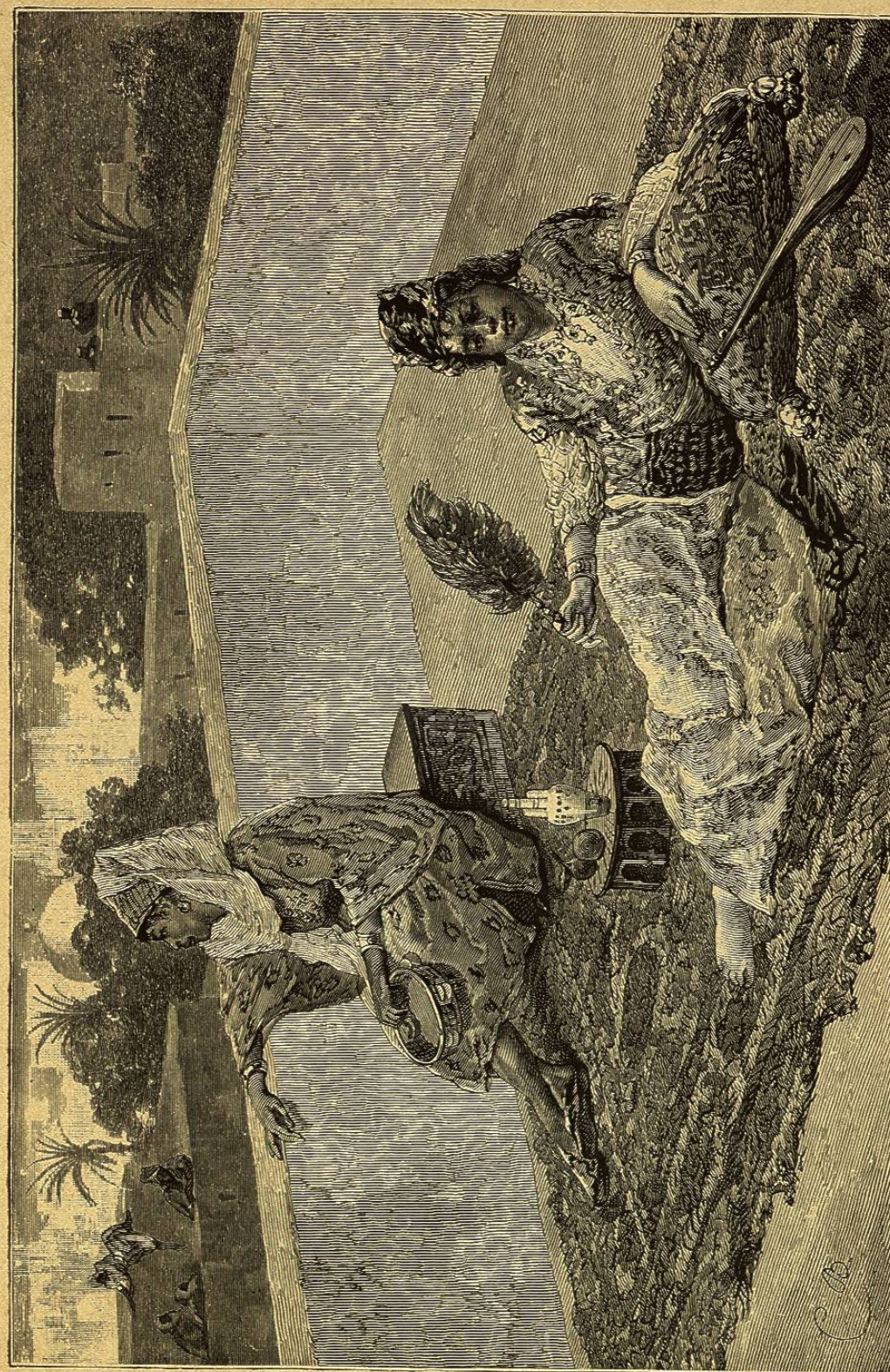
— Opino, — contestó con aire despreciativo, señalando con el dedo el sombrero, — que si llegara á vivir en vuestro país, poco á poco, paulatinamente, iría adoptando las prendas de vuestro traje: el calzado, la corbata, y hasta los feísimos colores que tanto parecen gustaros; mas lo que es aquello, esa horrible cosa negra, nunca, aun cuando viviera cien años; y Dios me es testigo de que antes prefiriera la muerte.

Lo que sigue constituye mi diario de Fez, que comprende el tiempo transcurrido desde la recepción de la embajada por el Emperador, hasta la salida para Mequinez.

* * *

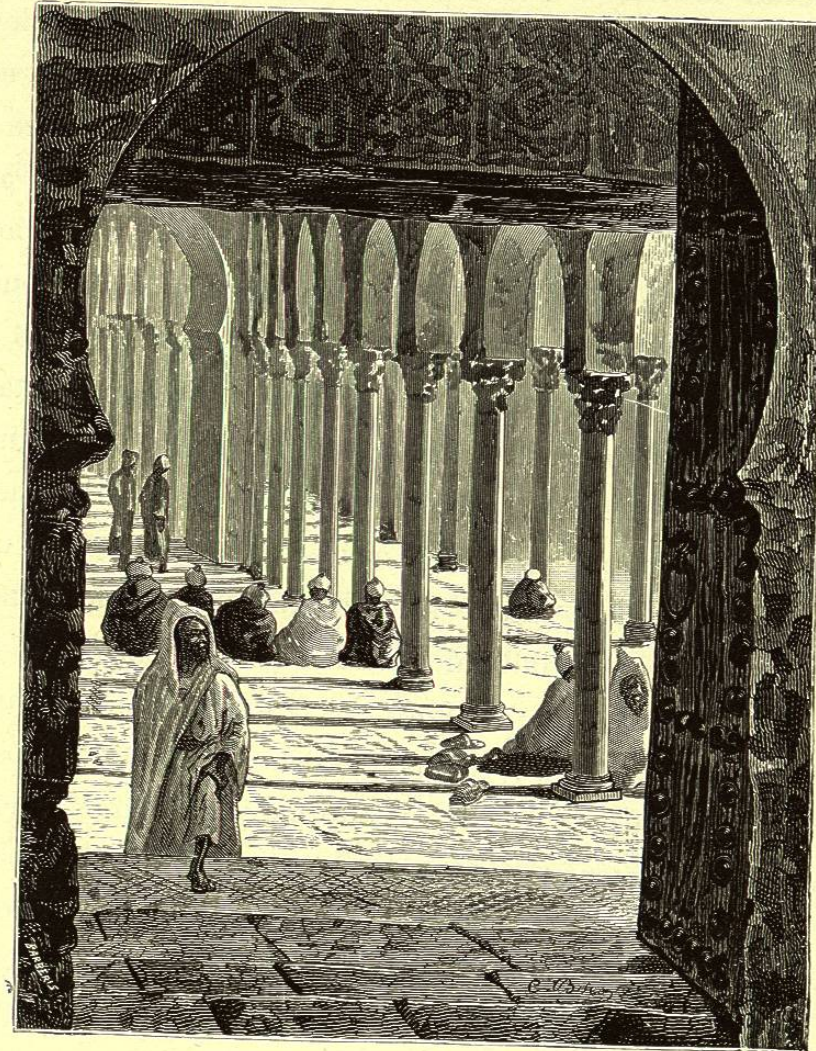
20 de Mayo.

...En este día el conserje del palacio nos ha confiado secretamente la llave de la azotea, recomendándonos eficazmente que procediéramos con prudencia y no abusáramos de



Una azotea en Fez

su confianza. Según parece, se le había indicado que no rehusara darnos la llave si se la pedíamos; pero que no nos la ofreciera espontáneamente. Esta prevención se explica teniendo



Entrada de una mezquita

en cuenta que en Fez, como en todas las ciudades del imperio marroquí, las azoteas pertenecen á las mujeres, siendo casi consideradas como parte integrante del harem. Hemos, pues, subido á la azotea, que es muy grande, y se halla rodeada de un muro más alto que un hombre, perforado á trechos

por ventanas semejantes á saeteras. Como el palacio es muy elevado y se halla en un punto muy eminente, se descubren desde su azotea millares de ellas, muy blancas; las alturas que rodean la ciudad y los montes lejanos; y debajo otro pequeño jardín, en medio del cual existe una palmera elevadísima, cuyo tronco sobrepuja de un tercio la altura del edificio. Aproximándose á aquellas ventanillas parece que se contempla un mundo completamente distinto. Así en las azoteas vecinas como en las más distantes se descubren no pocas mujeres, en su mayor parte, á juzgar por el traje, de buena posición, — señoras, — si es que puede darse este título á las mujeres de este país. Muchas de ellas permanecían sentadas en las paredes divisorias; otras paseaban; algunas pasaban de una á otra azotea, saltando ágiles como escolares en horas de asueto; se escondían, volvían á aparecer y se rociaban unas á otras riéndose como locas. Tales había sentadas de manera, que á buen seguro se habrían corrido de vergüenza, con sólo sospechar que ojos de hombre las estaban contemplando. Habíalas viejas; jóvenes, niñas de ocho y de diez años; y todas vestían trajes de bellas hechuras y vivísimos colores. La mayor parte tenían sueltas las trenzas sobre la espalda, y ceñían la cabeza con un pañizuelo rojo ó verde en forma de venda; una especie de caftán de diferentes colores, con mangas perdidas, ceñido al talle por medio de un cinturón azul ó encarnado; un corpiño de terciopelo, abierto; calzón y babuchas amarillas; y grandes anillos de oro en la parte inferior de las piernas (ajorcas) constituía su vestido. Las criadas y las niñas vestían únicamente túnica ó camisa. Sólo una de esas «señoras» se hallaba de nosotros á conveniente distancia para distinguir su rostro. Era una mujer de treinta años, ricamente vestida, y estaba asomada á una azotea que distaba

cuatro pasos de la nuestra, algo más baja que la misma. Estaba contemplando un jardín con la cara apoyada en la mano. Observámosla con los anteojos. ¡Virgen santa, qué embardunamiento! Negro de antimonio debajo de los ojos, bermellón en las mejillas, albayalde en el cuello, encarnado en las uñas, una paleta: ni más ni menos. Pero era bella, no obstante los treinta años: una cara redondita; ojos grandes velados por largas pestañas de mirada lánguida; boca pequeña y, según la expresión de los poetas árabes, redonda como un anillo; y el cuerpo, cuyas formas suaves y mórbidas dejaban entrever lo sutil del traje, delicado y precioso como el de una sílfide. Parecía triste, y tal vez era motivo de su pesar, una cuarta esposa de catorce años, que hacía pocos días había entrado en el harem, y cuyo triunfo sobre ella había podido ya experimentar en el desvío con que su marido la trataba. De cuando en cuando se contemplaba las manos, los brazos, las luengas trenzas que sobre el seno le caían y suspiraba. Una palabra escapada á uno de nosotros la sacó de sus contemplaciones: miró hacia donde estábamos, y apercibiéndose de que la mirábamos, saltó la pared divisoria de la azotea con la ligereza de una ardilla, pasó á otra azotea inferior y desapareció.

Á fin de poder ver con más comodidad enviamos á buscar una silla, jugamos á pares y nones quién subiría el primero, y habiendo sido yo el favorecido, coloquéla junto á la pared, encaraméme en ella y con esto quedé asomando la mitad del pecho sobre el pretil. Aquello fué algo semejante al efecto que podría haber producido la aparición de un nuevo astro en el horizonte de Fez: permítaseme lo pretencioso de la comparación. Inmediatamente se apercibieron de mi presencia las que se hallaban en las azoteas á la nuestra más próximas:

huyeron, volvieron, anunciaron el acontecimiento á las que de las suyas estaban más cercanas; en breves minutos, de azotea en azotea, había corrido la nueva media ciudad: de todas partes brotaban mujeres impulsadas por la curiosidad. Comprendí que me hallaba en berlina; pero la belleza del espectáculo me sostenía en mi observatorio. Veíanse centenares de mujeres y niñas apoyadas en los antepechos, puestas en los miradores, sobre las escaleras exteriores, todas vueltas hacia mí, vestidas todas con colores vistosos, desde las más vecinas, de las cuales distinguíamos los semblantes atónitos, hasta las más distantes, situadas ya en otros barrios de la ciudad, y que se parecían sólo como leves puntos blancos, verdes y encarnados: azoteas había en que eran tantas las espectadoras, que semejaba el sitio jardín cuajado de numerosas flores. Por todas partes un susurro, un cuchicheo, un ir y venir, un gesticular que no parecía sino que todas aquellas gentes estuviesen contemplando un fenómeno astronómico. Para evitar una conmoción en la ciudad, eclipséme, es decir, me bajé de la silla, y durante buen espacio ninguno subió. Poco después estaba en berlina Biseo, al cual se dirigían de todas partes mil miradas, cuando de repente, todas las mujeres situadas en una azotea lejana, le volvieron la espalda, corriendo á asomarse á la parte opuesta, y así de azotea en azotea en una larga hilera de casas. De pronto no pudimos imaginar la causa de semejante evolución. El vicecónsul fué el primero que dió en ello.

—Grande acontecimiento,—dijo,—están atravesando las calles de Fez el comandante y el capitán.

En efecto, al cabo de poco rato, sobre una de las alturas que dominan la ciudad, distinguimos las rojas divisas de los soldados de la escolta, y con los anteojos pudimos conocer

al comandante y al capitán á caballo. Otro cambio de frente de las mujeres situadas en otras azoteas, anunciándonos poco después el paso de otra comitiva italiana, y transcurridos diez minutos vimos blanquear sobre la altura opuesta la *cuffia*



Un santón coronado

egipciaca de Ussi y el sombrero inglés de Morteo. Después de esto la atención general volvió á fijarse en nosotros, y habríamos permanecido buena pieza disfrutando tan grato espectáculo, si sobre una azotea vecina no hubieran aparecido cinco ó seis bribonas de esclavas de trece á catorce años, que empezaron á contemplarnos y á hacer tales gestos,